

Winner L. (1997), Cyberlibertarian Miths and the Prospects to Community,
Department of Science and Technology Studies, Rensselaer Polytechnic
Institute

Los Mitos Ciberlibertarios y sus Prospectos para la Comunidad

por [Langdon Winner](#)

*Profesor de Ciencias Políticas en el Departamento de Estudios Científicos y Tecnológicos
Instituto Politécnico Rensselaer, Troy, NY, USA; Autor de "Tecnología Autónoma", "La Ballena y el Reactor" y editor
de "Democracia en una Sociedad Tecnológica". En los '60 fue colaborador del periódico Rolling Stone y ha escrito
artículos sobre rock para la Enciclopedia Británica.*

Uno de los cambios en nuestro mundo que caracteriza al final del siglo veinte es la transformación digital de un rango asombrosamente amplio de artefactos materiales entrelazados con prácticas sociales. En un sitio tras otro, la gente está diciendo: *"Tomemos lo que existe ahora y reestructurémoslo o reemplacémoslo por formato digital. Tomemos al cajero del banco, la persona sentada detrás del mostrador con sus pedacitos de papel y su máquina de sumar y reemplacémosla con un cajero automático accesible 24 horas al día. Tomemos la grabación analógica y el disco de vinilo y reemplacémoslos con el disco compacto, en el cual la música está codificada como una secuencia de bits digitales. O tomemos la clase con su maestro, el pizarrón, los libros y el intercambio verbal y reemplacémoslos con materiales presentados en una computadora y llamémoslo "aprendizaje interactivo".*

En un caso tras otro, el movimiento hacia la computarización y la digitización significa que muchas formas culturales de repente se han licuado, perdiendo su forma anterior mientras se las modifica para su expresión computarizada. A medida que las nuevas formas se solidifican, tanto los artefactos como la textura de las relaciones humanas que los rodea resultan muy a menudo ser diferentes de todo lo preexistente. Este proceso se convierte en un vasto y permanente experimento, cuyas ramificaciones a largo plazo nadie comprende en plenitud.

Al considerar estas asombrosas transformaciones asociadas con la nueva electrónica, la gente pensante debe preguntarse: ¿Qué clase de prácticas personales, relaciones sociales, normas legales y políticas, e instituciones perdurables emergerán de este movimiento? Más importante aún, ¿qué tipo de prácticas, relaciones, reglas e instituciones *queremos* que emerjan, en estas condiciones?

Pero antes de continuar con nuestras preguntas, es valioso señalar que, de hecho, una filosofía de las cosas ya ha tomado forma en este dominio; una ideología ampliamente popular que ocupa muchas de las discusiones contemporáneas en las redes computacionales. Un nombre apropiado para esta filosofía es **ciberlibertarianismo**, una colección de ideas que enlaza al extático entusiasmo por las formas de vida mediadas por la electrónica con ideas libertarias radicales, de extrema derecha, respecto de la propias definiciones de la libertad, la vida social, la economía y la política en los años venideros. Cualquier intento por filosofar sobre las computadoras y la sociedad debe, en cierto modo, ponerse a tono con el popular atractivo de esta perspectiva tan difundida, con sus desafíos y con sus limitaciones.

La ideología es anunciada en muchos lugares por estos días. Es moneda corriente en muchas revistas de computación, notablemente en *Wired*. También se la puede encontrar en inúmeros libros sobre el ciberespacio, la Internet y los medios interactivos; *"Ser Digital"* de Nicolas Negroponte y *"Microcosmos"* de George Gilder son ejemplos especialmente vívidos. Entre los escritores que están en esta línea se incluyen Alvin Toffler, Esther Dyson, Stewart Brand, John Perry Barlow, Kevin Kelly, y muchos más, a quienes alguien ha dado en llamar *"los digerati"*. Como ideología política, la visión del

ciberlibertarianismo ha sido claramente enunciada en una publicación dada a luz por la Fundación para el Progreso y la Libertad en el verano de 1994, un manifiesto titulado "*El Ciberespacio y el Sueño Americano: Una Carta Magna para la Era del Conocimiento*", de Esther Dyson, George Gilder, George Keyworth, y Alvin Toffler. Para mis propósitos aquí, he de referirme a este documento simplemente como "La Carta Magna".

De estos escritos, y de las reflexiones de incontables grupos de discusión en-línea emerge un conjunto de temas comunes y una visión de lo que el mundo de la computación en red prepara para nosotros.

La primera y más central característica de la visión del mundo del ciberlibertarianismo se reduce a una apasionada adhesión al *determinismo tecnológico*. Este no es el determinismo generalizado de los primeros escritores que se ocuparon de la cultura y la tecnología, sino uno específicamente diseñado para la llegada de las tecnologías electrónicas de fines del siglo veinte. Sin embargo, en armonía con las primeras teorías deterministas, los ciberlibertarios sostienen que estamos siendo impulsados por necesidades que emergen del desarrollo de la nueva tecnología, y por nada más.

Una forma popular de este concepto es la teoría abiertamente determinista de Alvin Toffler, que ve a la historia como una serie de olas. Habiendo surcado la primera ola de la revolución agrícola, y la segunda ola de la revolución industrial, la humanidad está ahora en medio de los levantamientos de una tercera ola, producida por el avance de la computación y las telecomunicaciones. Este es un período de la historia humana en el cual la información viene a dominar las formas primitivas de vida que se basaban en la tierra, los recursos físicos y la maquinaria pesada.

Para describir estos cambios, los ciberlibertarios usan términos familiares que apuntan a describir una inevitable, irresistible transformación global. Al escribir sobre el impacto de la Tercera Ola, los autores de la Carta Magna explican: "*a medida que emerge, moldea nuevos códigos de comportamiento que impulsan a cada organismo e institución –familia, vecindario, parroquia, empresa y nación...*". Como Stewart Brand le explicó a los lectores de *Wired*: "*la tecnología se está acelerando rápidamente, y tenemos que mantenerle el paso*".

Según esta perspectiva, el dinamismo de la tecnología digital es nuestro verdadero destino. No hay tiempo para detenerse, reflexionar o reclamar alguna influencia sobre la forma de este desarrollo. Se requieren enormes dosis de rápida adaptación de nuestra parte para simplemente responder a los requerimientos que las nuevas tecnologías nos demandan día a día. En los escritos de los ciberlibertarios, aquellos que son capaces de superar el desafío son los campeones del próximo milenio. El resto está condenado a languidecer bajo el polvo.

Desde el punto de vista de la teoría social contemporánea hay una maravillosa ironía en ésto. Durante los últimos veinte años los sociólogos y los historiadores han estado ocupados tratando de derrotar lo que veían como un determinismo sin garantías en las tempranas interpretaciones de la interacción entre cultura y tecnología. De un modo u otro, la mayoría de los estudiosos creen en la construcción social o en un moldeo social de la tecnología en donde los resultados son negociados entre una variedad de actores con propósitos complejos. Es interesante notar cuán poco de estas interpretaciones forma parte de los escritos libertarios referidos al ciberespacio. Parecido determinismo surge prominente en la literatura de hoy sobre las comunicaciones y el comercio global, donde la ferviente persecución de las "tecnotendencias" está a la orden del día.

De hecho, se ha vuelto muy popular entre los ciberlibertarios la conclusión de que el rápido desarrollo de las cosas artificiales resulta ser una suerte de evolución, que puede ser explicada en términos cuasi-biológicos. Como Kevin Kelly explica en su libro "*Fuera de Control*", "*no debería sorprendernos que la vida, habiendo dominado el conjunto de la materia inerte de la Tierra, siga adelante para subyugar a la tecnología, y la ponga también bajo su reinado de evolución constante, novedad perpetua, y una agenda fuera de nuestro control. Aún sin ese control debemos rendirnos; una tecnología neo-biológica es mucho más gratificante que un mundo de relojes, engranajes y simplicidad predecible*". En opinión de Kelly, el esfuerzo de involucrarse en una elección deliberativa respecto de la tecnología sólo es una práctica destructiva.

Otro tema clave de esta ideología emergente es el del individualismo radical. Los escritos de los ciberlibertarios están llenos de entusiasmo por el prospecto de una extática auto-realización en el

ciberespacio, y enfatizan la necesidad de que los individuos se desprendan de cualquier carga que pueda entorpecer su búsqueda racional del interés propio. El reino experimental de los aparatos digitales y las computadoras interconectadas ofrece interminables oportunidades de lograr la riqueza, el poder y el placer sensual. Debido a que las estructuras sociales, políticas y económicas heredadas son barreras para el ejercicio del poder personal y la auto-realización, simplemente deben ser eliminadas.

Buscando bases intelectuales para esta postura, los escritores de la Carta Magna han recurrido a la profetisa del egoísmo desvergonzado, Ayn Rand. La defensa de Rand de los derechos individuales sin responsabilidad y su ataque al altruismo, el bienestar social y la intervención gubernamental es defendida como una resplandeciente percepción por el equipo de la Fundación Libertad y Progreso. Ciertamente, sus descripciones de individuos heroicos luchando por alcanzar su ideal y expandir su creatividad oponiéndose a los cerrados burócratas y a las masas ignorantes, anticipan y explican la visión ciberlibertaria. Menos obvia para sus nuevos seguidores es la blanda misantropía que expresan los escritos de Ayn Rand.

Hay todavía otro elemento en esta percepción del mundo que tal vez podría haber sido puesta al tope de la lista. Central a la ideología ciberlibertaria es el concepto del capitalismo de libre mercado, reformulada por Milton Friedman y la escuela económica de Chicago. No resumiré aquí los detalles de esta ideología, salvo para anotar que ya está plenamente incorporada dentro del pensamiento de quienes se enfocan en el ciberespacio como tópico de su interés. George Gilder, uno de los escritores de la Carta Magna, representa un enlace crucial. Su libro *"Bienestar y Pobreza"* ayudó a popularizar y politizar las ideas de la escuela de Chicago durante los primeros días de la Administración Reagan. Un libro posterior, *"Microcosmos"*, desarrolla el catecismo de la electrónica, concentrándose sobre la ley de Moore, esa que dice que el poder computacional de los microprocesadores se duplica cada dieciocho meses. En opinión de Gilder, el matrimonio entre la economía del libre mercado y la anulación de la materia por la tecnología digital es un desarrollo que liberará a la humanidad generando niveles nunca vistos de riqueza.

Pero los ciberlibertarios no consideran que ese matrimonio entre el libre mercado y la tecnología digital producirá un mundo de despiadada competencia donde quien gana se lleva todo. En su lugar, anticipan el nacimiento de condiciones sociales y políticas que harán realidad los más extravagantes ideales del clásico anarquismo comunitario. Como Nicholas Negroponte escribe en *Wired*, *"creo que ser digital es positivo. Puede achatar las organizaciones, globalizar la sociedad, descentralizar el control y ayudar a armonizar a la gente..."* (Negroponte, 182). Delante nuestro se extiende un tiempo en el cual la nueva tecnología alimenta un gran cambio estructural de descentralización, diversidad y armonía. *"Está claro,"* exclama la Carta Magna, *"que el ciberespacio jugará un rol importante al entretejer las diversas comunidades del mañana, facilitando la creación de 'vecindarios electrónicos' unidos no por la geografía, sino por los intereses comunes."*

Por idénticas razones, la democracia florecerá a medida que la gente use las computadoras para debatir ideas, publicitar posiciones, organizar movimientos, participar en elecciones y tal vez incluso votar en-línea. En los escritos ciberlibertarios, el prospecto de las comunicaciones interactivas múltiples via computadoras en red es presentado como una visión "Jeffersoniana" renovada de la sociedad civil y política. Cuando la televisión esté unida por completo al poder computacional, el acceso universal a la televisión por cable finalmente eliminará *"la brecha entre los ricos-en-conocimiento y los pobres-en-conocimiento"*. En este nuevo escenario sociotécnico, la autoridad del gobierno centralizado y las burocracias atrincheradas simplemente se derretirá. La democracia del ciberespacio dará *"poder a aquellos más cercanos a la decisión"*. (Carta Magna)

Aunque este esbozo de la posición ciberlibertaria ha sido uno abreviado, los lineamientos básicos deberían haber quedado claros. Vemos aquí la coalición de una ideología que ya es extremadamente influyente; una que de seguro tendrá una influencia sustancial en el porvenir. Por cierto, no parece existir ninguna otra filosofía coherente y compartida sobre el ciberespacio que ofrezca una alternativa. Entretejida a partir de los temas disponibles y argumentos extraídos de variedades anteriores del pensamiento social, la postura ciberlibertaria ofrece una visión que muchos profesionales de clase media y alta encuentran coherente y atractiva.

Como siempre sucede con las ideologías, su esquema de pensamiento sirve para iluminar y para oscurecer. Ciertamente ilumina los deseos y las intenciones de quienes se ven en el borde mismo del cambio histórico global en Silicon Valley, Seattle y otros centros de alta tecnología. Más específicamente, ilumina lo que en última instancia son las **fantasías de poder** que involucran la

transformación radical y la reinención de la sociedad en direcciones asumidas como enteramente favorables. Pero esta ideología ofusca una gran cantidad de cambios que yacen debajo de la creación de nuevas prácticas, relaciones e instituciones a medida que la tecnología digital y la vida social se entrelazan.

Un área especialmente neblinosa en la retórica ciberlibertaria es la descripción de los asuntos de poder y distribución. ¿Quién gana y quién pierde con las transformaciones que ya se han iniciado? ¿Se ampliarán o reducirán las fuentes actuales de injusticia? ¿Beneficiará a la población en general la prometida democratización, o sólo a aquellos que posean los equipos más modernos? ¿Y quién se encargará de decidir? Sobre estas cuestiones, los ciberlibertarios expresan poca preocupación.

Es característica de este modo de pensar la tendencia a englobar las actividades de los individuos que buscan la libertad con las operaciones de empresas monstruosas y lucrativas. En la *Carta Magna para la Era del Conocimiento*, los conceptos de derecho, libertad, acceso y propiedad justificados como apropiados para los individuos, son traídos para apoyar las maquinaciones de enormes firmas transnacionales. "*Debemos reconocer*," aduce el manifiesto, que "*el Gobierno no es el dueño del ciberespacio, sino el pueblo*". Uno podría interpretar ésto como una sugerencia de que el ciberespacio es "tierra pública", donde la gente comparte derechos y responsabilidades. Pero no es hacia allí que los escritores apuntan con su razonamiento.

Lo que "propiedad del pueblo" significa, insiste la Carta Magna, es simplemente "propiedad privada". Y eventualmente se vuelve patente que las entidades privadas que se tiene en mente son enormes empresas mercantiles transnacionales, especialmente las de comunicaciones. Así, luego de alabar la competencia en el mercado como el camino hacia una mejor sociedad, se anuncia que algunas formas de competencia no son bienvenidas en lo absoluto. De hecho, los autores temen que el gobierno regule de tal manera que las compañías de cable y telefonía deban competir. Lo que en cambio se necesita, argumentan, es la reducción de las barreras a la colaboración entre firmas ya inmensas, un paso que debe impulsar la creación de gigantescas redes comerciales multimediales interactivas a medida que las empresas ya existentes se fusionan. Indican que "*obstruir esa colaboración –por forzar una competencia entre el cable y la telefonía– es socialmente elitista*".

Desde allí, la Carta Magna sigue adelante para abogar por cada vez mayores concentraciones de poder alrededor de los conductos de información que, confían, habrán de traducirse en una abundancia de ancho de banda barato para la sociedad. Hoy, los desarrollos de este tipo ya son visibles en las fusiones corporativas que han producido una tremenda concentración de poder no sólo en los conductos del ciberespacio, sino también en el contenido que transportan. Vemos elaborados matrimonios entre Turner Broadcasting y Time Warner, ABC y Disney, y otros gigantes mediáticos. ¿Qué le pasó, uno se pregunta, al colapso de las organizaciones centralizadas y masivas de la era electrónica que tanto se predecía? ¿Y qué sucedió con ese supuesto movimiento del poder hacia el reino de los actores cotidianos y las decisiones?

La razón por la que ésto es problemático está sugerida por el hecho de que durante las deliberaciones sobre la reforma legal de las telecomunicaciones en 1995, la CNN se rehusó a poner en el aire avisos críticos de la legislación que permitía la concentración de propiedades y de control. En una vena similar, el New York Times reportó recientemente que la TNT de Ted Turner "*silenciosamente retardó la producción de "Extraña Justicia"*, una adaptación para televisión de un exitoso libro sobre las audiencias contra Clarence Thomas. "*¿La razón?*", pregunta el editorialista del Times. "*Miedo a ofender al Juez Thomas durante las deliberaciones de la Corte Suprema sobre un caso de regulación del cable, cuyo resultado podría enriquecer a Time Warner en millones*".

El asunto en su forma amplia concierne a los problemas que se le crean a una sociedad democrática cuando un puñado de organizaciones controlan todos los canales de importancia de noticias, entretenimiento, opinión, expresión artística, y el modelaje del gusto popular. En la nublada visión del pensamiento ciberlibertario, estos temas son entrecorridos y puestos lejos de la vista. En tanto tengamos un rápido crecimiento económico y un aumento en el acceso al ancho de banda, todo está bien. Proponer interrogantes en torno a las concentraciones de riqueza y poder emergentes gracias a las nuevas tecnologías sólo serviría para alejarnos del espíritu de festejo.

El énfasis combinado puesto sobre el individualismo radical, el entusiasmo por la economía de mercado, el desprecio al papel del gobierno y el entusiasmo por el poder de las empresas comerciales

pone a la perspectiva ciberlibertaria fuertemente dentro del contexto del pensamiento político de derecha. En verdad, la Fundación Progreso y Libertad que auspicia la Carta Magna para la Era del Conocimiento es la creación de Newt Gingrich y sus asociados. No es coincidencia que una visión ciberlibertaria radicalizada se vuelva cada vez más la postura de aquellos que se llaman "conservadores". Según el punto de vista de Gingrich, la celebración del ciberespacio está directamente enlazada con los intentos de repeler el New Deal y las reformas sociales implementadas durante este siglo. Siguiendo la lógica del ciberlibertarianismo, se debe aceptar un espectro de políticas anti-gobierno, anti-bienestar social, anti-sindicato, anti-ambientalismo y anti-educación pública. Un aspecto de este empuje es el rechazo de todos y cualquiera de los intentos por guiar el desarrollo tecnológico bajo la forma de debates públicos de donde puedan surgir decisiones democráticas por parte de la sociedad, un compromiso puesto más que en claro por el cierre de la Oficina de Asesoramiento Tecnológico del Congreso norteamericano. En sus más entusiastas momentos, Gingrich describe a la computadora como un poderoso solvente social que puede ayudar a disolver las instituciones existentes en educación, medicina, leyes y otras por el estilo, instituciones que él asocia con un Estado de Bienestar pasado de moda. Como preguntó en un encuentro de la Heritage Foundation, en 1996, "*¿Por qué no podemos tener sistemas expertos y computadoras avanzadas que reemplacen el 80 por ciento del sistema legal?*" (Koprowski, 12)

Es interesante especular sobre cómo fue que ideas prominentes sobre la computación y la sociedad se acabaron asociando con la agenda política de la extrema derecha. Hay un número de explicaciones posibles, explicaciones sobre el surgimiento de la industria electrónica en la Guerra Fría, o sobre el rol de los antiguos hippies en las industrias del norte de California que ahora defienden el libertinaje como el espíritu redivivo de Haight/Ashbury. Pero estas especulaciones son un proyecto para otra ocasión. El desafío actual es, en mi opinión, algo enteramente diferente: ofrecer una visión del futuro electrónico que presente alternativas humanas y democráticas a las peculiares obsesiones de la postura ciberlibertaria.

Un primer paso de importancia, según veo, es cambiar el punto de partida de toda la discusión sobre la sociedad y las redes de computación. En uno de sus memorables epigramas, el humorista americano Ashleigh Brilliant recomendó el siguiente procedimiento: "*para estar seguro de dar en el blanco, dispare primero y luego diga que donde cayó la bala era el blanco*". Para los ciberlibertarios y otros partidarios del ciberespacio, ese proceder parece ser la regla. Primero se observa qué está sucediendo en el reino de las redes computacionales y en el desarrollo de la tecnósfera global. Luego se elige un término impactante: comunidad, o democracia, o ciudadanía, o igualdad, o cualquier otro encantador concepto, para describir lo que uno observa. Otros contextos en los que esos términos pudieran tener significado, como la historia, la filosofía o la experiencia contemporánea no necesitan entrar en el cuadro. No, no son el blanco.

Tomemos por ejemplo la idea de comunidad. Aquí uno encuentra una tradición de especulación social, política y religiosa de más de dos mil años; una tradición que incluye escritos del Viejo y el Nuevo Testamento, Sócrates, Platón, Aristóteles, San Agustín, Locke, Montesquieu, Rousseau, Proudhon, Kropotkin, y muchas otras fuentes. Para puntos de referencia más recientes, uno podría recurrir a un rico conjunto de estudios sobre las comunidades históricas o contemporáneas en Weber, Durkheim, Tonnies, e innumerables sociólogos modernos que explican cómo las comunidades reales funcionan de verdad. Para los ciberlibertarios, por supuesto, nada de esto importa. Las visiones de la comunidad encontradas en la literatura filosófica, histórica o en las ciencias sociales no son puntos de referencia que tengan significado. Si lo fueran, las nociones de "comunidad" usadas para discutir lo que pasa en la Red serían enteramente diferentes.

Entre los entusiastas libertarios del ciberespacio lo que es importante de las relaciones humanas en la Internet son las conexiones cálidas y difusas que surgen en los foros mediados por computadoras. Junto con la sensación de libertad y poder que brinda el nuevo medio, podemos también estar en contacto con otra gente. Por cierto, este es un aspecto crucial de las descripciones previas de comunidad, parte de la historia que siempre vale la pena contemplar. Sin embargo, ésta es sólo una dimensión de la experiencia comunitaria y de los conceptos teóricos que se usan para enfocar la investigación de estos asuntos. Pero junto con el sentido de pertenencia, las comunidades históricas han arrastrado también un sentido del deber, imponiendo demandas, a veces muy duras, a sus miembros. Uno sabe que está en una comunidad cuando el teléfono suena y le dicen que es su turno de asumir una carga, invirtiendo meses en un trabajo que el grupo considera necesario; organizando la fiesta para juntar fondos, por ejemplo. Desafortunadamente, muchos escritos sobre las relaciones en-línea ignoran por completo las obligaciones, responsabilidades, límites y montañas de trabajo que significan las verdaderas comunidades. ¿Hay algún grupo en Usenet con un nombre como alt.política.deberes? No contenga el aliento.

La vacuidad y la banalidad de las concepciones ciberlibertarias de la comunidad son reflejadas también en sus frecuentes afirmaciones respecto de que el objetivo es encontrar gente en el mundo que se parezca a uno, regocijándose en la similitud. En el contexto de las comunidades reales, por cierto, esta es una presunción altamente problemática. Aún las comunidades intencionales que comienzan con una población bastante homogénea y el compromiso de compartir un núcleo de ideales, necesariamente acaban enfrentando serias diferencias y conflictos entre sus miembros. Entre los teorizadores políticos que han escrito sobre el asunto, la preocupante cuestión de cómo balancear los deseos del individuo con las necesidades del grupo es generalmente vista como la llave de cualquier comprensión sobre la vida comunitaria. En contraste, aquí va una descripción sobre la promesa de las redes computacionales extraída de un best seller:

"Para una típica comunidad electrónica, cuanto más gente se sume más valiosa se vuelve para todos. Eventualmente la mayoría de los esquiadores participarán en una comunidad electrónica u otra. Si usted quiere mejorar su estado físico antes de acometer una bajada difícil, tal vez encuentre que entrenar es más divertido si está en estrecho contacto electrónico con una docena de personas de su misma edad, peso y tamaño, quienes comparten los mismos objetivos de entrenamiento y control del peso. Los miembros de esta comunidad podrían juntarse para darse ánimo y aún para trabajar al mismo tiempo. Usted tendría que preocuparse menos por su apariencia en un programa de ejercicios donde todos son iguales." (Gates, p. 242)

La búsqueda, entonces, se dirige a conectarse con aquellos que son como uno y a evitar situaciones donde uno podría sentirse diferente. ¡Buenas comunidades serán éstas! Aunque la descripción dada hace a esta tendencia aparecer como bastante inocente, dentro del gran cuadro del desarrollo social hay una fuerza preocupante que está activa. La Carta Magna, por ejemplo, ansía la creación *"de vecindarios electrónicos, unidos no por la geografía sino por los intereses compartidos"*. Sus autores creen que esto encierra la promesa de una rica diversidad en la vida social. Pero ¿cuál será el exacto contenido de esta diversidad? Un detalle importante del ciberespacio es que *"permitirá a la gente vivir lejos de las pobladas o peligrosas áreas urbanas, y aumentar el tiempo que se pasa con la familia"*. Explorando esta idea, la Carta Magna cita al gurú del ciberespacio Phil Salin, quien argumenta que *"al contrario de las visiones ingenuas... los ciberespacios [del próximo siglo] no serán todos iguales, y no estarán todos abiertos al público... Así como el acceso a los hogares, oficinas, iglesias y negocios es controlado por sus propietarios o administradores, la mayoría de las locaciones virtuales existirá como lugares individuales de propiedad privada."* (Carta Magna). Un aspecto maravilloso de este arreglo, según Salin, es que mediante económicas innovaciones en el software *"lo que pasa en un ciberespacio puede ser impedido de afectar otros ciberespacios."*

A medida que la imagen se aclara, lo que aparece es una diversidad a través de la segregación. Lejos de los conflictos raciales y de clase que afligen a las ciudades, cobijados en un cibernicho con nuestros pares sociales, la sociedad de la Tercera Ola nos ofrece el equivalente electrónico de los barrios cerrados y las barreras arquitectónicas que ofrecen a los pudientes libertad de todos los problemas asociados con las clases bajas urbanas. De hecho, muchos proponentes del mundo en-línea celebran el abandono de las antiguas ciudades a favor de enclaves suburbanos "conectados". Para George Gilder, la nueva tierra prometida puede encontrarse en lugares tan homogéneos y seguros como Provo, en Utah.

En comparación, las comunidades urbanas del pasado industrial eran laboratorios de diversidad social, buscando formas para que gente de diferentes gustos, razas, niveles económicos e intereses sociales pule esas diferencias y pugne por encontrar áreas de compromisos compartidos. En estos intentos había éxitos y fracasos. Pero los límites geográficos del espacio urbano y las necesidades de la organización social demandaban un esfuerzo para encontrar formas constructivas de vivir juntos. ¿Es la promesa de las redes computacionales que la gente (o al menos la gente rica), sea liberada de esta tarea?

La evidente superficialidad de las concepciones ciberlibertarias sobre la comunidad se refleja en su posición frente a otros temas del pensamiento social y político. Sus ideas de la democracia en-línea, por ejemplo, rara vez toman nota de aún los más elementales descubrimientos de los científicos políticos desde Aristóteles hasta Hannah Arendt. Si lo hicieran, tal vez comprenderían que sólo una mínima fracción de una minoría acabará envuelta en política a través de la Internet en un futuro cercano, un hecho que pone en duda el supuestamente democrático carácter del nuevo medio. Pero de nuevo, el foco de estos escritos nunca es la comunidad, la democracia, la igualdad, o el civismo con un sentido profundo; en el reino en-línea sólo hay ecos de estos asuntos.

Mi sugerencia, entonces, es que al tener en cuenta las posibilidades y prospectos de las redes computacionales volvamos a los contextos históricos y teóricos conocidos, para discutir la vida social y política en un mundo que ahora agrega las redes a un vasto conjunto de otros detalles significativos. Bajo esa luz, muchas de las más interesantes preguntas sobre las que se puede especular e investigar tienen que ver con los límites entre las prácticas convencionales y sus instituciones, y aquellas que se están creando en la Red. Mucho mejor que proclamar la comunidad, la democracia, el civismo, sería estudiar estos límites, para pensar cómo serán afectadas las comunidades por la llegada de las computadoras, y cuál sería una respuesta razonable.

Exploremos un ejemplo que tiene que ver con los prospectos para la comunidad en los años venideros. Al presente hay un gran entusiasmo en torno a una nueva esfera de transacciones comerciales, el E-commerce. En efecto, una enorme ciber-tienda se ha mudado recientemente a cada villa, pueblo o ciudad del planeta, ofreciendo ropa, CDs, computadoras, automóviles y otros productos a millones de potenciales compradores. Los ejecutivos digitales predicen que la gente apreciará la "conveniencia" de comprar cosas en la Red y que correrá a las tiendas digitales (donde el estacionamiento nunca es problema). Por supuesto, hasta hoy esta bonanza del comercio en la Internet no se ha materializado, frustrada por pocas ventas y magra ganancia. Pero unos pocos comerciantes han comenzado a hacer fuertes avances en dominios tradicionales, especialmente en la venta de libros.

A primera vista, los negocios como Amazon.com, Book Stacks Unlimited y otros, tienen mucho para ofrecer: enormes catálogos a disposición de cada computadora hogareña, servicio las veinticuatro horas del día, críticas literarias en la Web y otros útiles servicios. Amazon.com, por ejemplo, ofrece 1.5 millones de libros en Inglés, casi diez veces más que cualquier tienda convencional. Para agregar interés, los vendedores por Internet típicamente ofrecen impresionantes descuentos de entre el diez y el cuarenta por ciento en muchos de sus títulos.

Muchos ven este desarrollo y encuentran en él causa de regocijo. Los bajos precios, la amplia oferta y el rápido servicio parecen hacer de este nuevo mercado la ola del futuro. Así, descubro que mis colegas recomiendan las librerías de Internet como la más grande tecnología desde el canon de Pachelbel.

Pero antes de aprovechar las ventajas, dirigiendo nuestras compras a las tiendas de Internet, necesitamos reconocer un precio oculto que finalmente tendremos que pagar: la muerte de los negocios tradicionales. Una librería, después de todo, es primero que nada un punto de encuentro para aquellos que se interesan por los libros y la lectura. En estos lugares, la compra es sólo parte de la experiencia. Cuando revisamos sus anaqueles, a menudo esperamos hablar con los empleados o con otros clientes para comentar qué hay de interesante en un género particular. Este aspecto es especialmente importante para que los niños aprendan a medida que ingresan a la vida junto a los libros. *"Ya terminé todas las historias de Brian Jacques,"* le anunció mi hijo recientemente a Muriel, dueña de la librería de mi pueblo. La vieja mujer alzó sus impresionantes cejas, sonrió y lo llevó escaleras arriba a un estante de novelas infantiles, describiendo cada volumen con entusiasmo. Los nueve dólares que pagamos por el libro no pueden acercarse al valor real del regalo de Muriel: la elevación del sentido que un niño tiene del horizonte que se esconde entre dos tapas.

Algunos argumentarán que los rápidos motores de búsqueda y la ayuda en-línea pueden reemplazar a la profundidad humana que las tiendas tradicionales saben ofrecer. Pero esto refleja un empobrecido entendimiento de qué implica la vida social alrededor de los libros. Aún si un website aprende nuestros nombres y hábitos de compra, aún si automáticamente nos notifica que *"libros que podrían interesarle acaban de ser publicados"*, ¿puede conectarnos al mundo de los lectores vivientes, ese lugar donde las páginas de un libro cobran vida? Probablemente no.

El beneficio que las librerías y otras tiendas locales brindan a los individuos está representado por su utilidad como núcleos de la cultura cívica de nuestros pueblos y ciudades. Una señal de que una comunidad es floreciente es la presencia de bien mantenidos y equipados negocios en el centro y en los vecindarios. Estos no son sólo lugares donde los bienes se compran y se venden, sino también espacios de encuentro social. Escritores como Jane Jacobs y Kevin Lynch, entre otros, han articulado la relación entre la forma de los pueblos y ciudades con las prácticas sociales que alimentan la vida comunitaria. En ese contexto es posible ofrecer argumentos morales sobre la relación entre el diseño y la buena vida. Como Lynch concluye luego de un extenso argumento: *"un arreglo es bueno si favorece la continuidad de la cultura y la supervivencia de su pueblo, si aumenta el sentido de conexión en el tiempo y en el espacio, y si permite o estimula el crecimiento individual: desarrollo, dentro de una continuidad, via la apertura y*

la conexión." (Lynch, 116-117) Reflexiones similares, creo yo, son cruciales para nuestra comprensión de las opciones que nos presenta la relación entre las estructuras tecnológicas y la cultura cívica.

Bajo esta luz, hay hoy una conciencia extendida en los Estados Unidos de que la llegada de enormes tiendas corporativas amenaza con matar a los pequeños negocios, dejando la calle principal con sus edificios tapiados, presa de todos los males sociales que aparecen cuando el núcleo económico de una comunidad expira. Pero me pregunto si quienes se entusiasman con el furor de los mega-negocios saben que una destrucción potencialmente más grave ocurrirá cuando la gente abandone sus intereses locales para comprar en-línea. Muchos negocios sobrevivirán apenas con un margen precario. Si, por ejemplo, 10 a 15 por ciento de las ventas de un negocio de librería migran silenciosamente a la Internet, hay buenas probabilidades de que el comercio eventualmente se cierre.

En este terreno, la amenaza a los intereses locales que presentan los vendedores en la Red es más insidiosa que la de las grandes cadenas. Las comunidades pueden convocar sus poderes para unirse contra un Borders o un Wal-Mart. Pero los vendedores electrónicos pueden colarse por debajo de sus pantallas de radar.

Esto sugiere que en la era de las comunicaciones globales deberemos ser más juiciosos sobre cómo y dónde compramos. En el interés de sostener las comunidades vivientes, tiene sentido evitar el comercio en la Internet por completo si es que tenemos fuentes de aprovisionamiento locales razonablemente bien provistas. Esto no es una cuestión de altruísmo, sino del interés propio bien informado. La ventaja de corto plazo que tiene mandar a pedir una ganga a una librería de Seattle para leerla a miles de millas de distancia carece de sentido si contribuye a empobrecer la economía en nuestra propia calle, sabotando la integridad comunitaria. Sí, deberíamos usar cada recurso de la Internet para explorar el mercado y hacer comparaciones inteligentes. Pero cuando llega el turno de "votar en dólares", el dinero está mejor gastado cerca de casa, en un negocio donde la gente vive de verdad, antes que en el nunca-jamás de los bits digitales.

En suma, mi sugerencia no es que necesitamos una filosofía ciber-comunitaria para confrontar los excesos de las obsesiones ciberlibertarias. En su lugar, recomendaría tener en cuenta las complejas preocupaciones comunitarias cuando nos enfrentamos a opciones personales, políticas y sociales que tengan que ver con la innovación tecnológica. Los usos superficialmente atractivos de la nueva tecnología se vuelven mucho más problemáticos cuando son vistos como las semillas de prácticas de largo alcance. Esas prácticas, según sabemos, eventualmente se vuelven parte de relaciones sociales. Esas relaciones eventualmente se solidifican como instituciones duraderas. Y, por supuesto, esas instituciones son las que proveen mucho del marco de referencia que determina cómo vivimos juntos. Esto sugiere que aún las aplicaciones más inconsecuentes y los usos de las innovaciones en redes computarizadas deben ser escrutados y juzgados a la luz de lo que podrían ser sus consecuencias morales y políticas más importantes. En el más amplio espectro de la conciencia respecto de estos asuntos, necesitamos preguntarnos: ¿son estas prácticas, relaciones e instituciones afectadas por el uso que la gente hace de las redes computarizadas las que queremos desarrollar? ¿O son las que debemos tratar de modificar, o a las que debemos incluso oponernos?

Referencias

- Stewart Brand, "Two Questions," in "Scenarios: The Future of the Future," *Wired*, December 1995.
- Esther Dyson, George Gilder, George Keyworth, Alvin Toffler, "Cyberspace and the American Dream: A Magna Carta for the Knowledge Age," Release 1.2, Progress and Freedom Foundation, Washington, D.C., August 22, 1994, at <http://www.townhall.com/pff/position.html>
- Bill Gates, *The Road Ahead*, revised edition (New York: Penguin Books, 1996).
- Kevin Kelly, *Out of Control: The New Biology of Machines, Social Systems and the Economic World* (Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1994).
- Gene Koprowski, "Gingrich Proposal: Let's Delete All Lawyers...", *New Technology Week*, December 9, 1996, p. 12.
- Kevin Lynch, *Good City Form* (Cambridge, Massachusetts: M.I.T. Press, 1984)
- Nicholas Negroponte, "Being Digital -- A book (p)review," *Wired*, February 1995, p. 182